

*Más tarde
os necesitaré
para no morir del todo.*

Adiós, querido Eugenio

Palabras de despedida a Eugenio Fernández,
en el cementerio de Remolina,
el 12 de agosto de 2006

Eduardo Chamorro

Nos volvemos a reunir, querido Eugenio, tu familia –ahora, con tu madre- y tus amigos, aquí, en el cementerio de tu pueblo, Remolina, enmarcado en este paisaje que tantas veces, desde niño, has recorrido y que tanto has querido,

convocados por tu deseo de que depositemos tus cenizas junto a los tuyos, tus abuelos, tu padre, -su lápida reza: “Jacinto Fernández Turienzo. Vivió 61 años. Murió cristiano”- tu cuñada, Cari,

convocados por tus palabras que hoy se condensan en la frase que has elegido como epitafio:

“Polvo seré, mas polvo enamorado”,

en la que modificas el último verso del conocido soneto de Quevedo,

*Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día*

La muerte, postrera sombra, ha cerrado ya tus ojos. ¡Y cómo nos estremecemos al recordar, ante tus cenizas, los últimos versos del soneto!,

*Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado
médulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejarán, no su cuidado,
serán ceniza, mas tendrá sentido,
polvo serán, mas polvo enamorado.*

En tu epitafio, Eugenio, condensas lo que ha sido para ti tu vida, –enmarcada en esas fechas, 28 de mayo de 1948, 30 de diciembre de 2005-, esa vida que se volvió, según tus palabras, “tan frágil como un hilo”, cuando supiste que se había presentado un tumor maligno. Nos lo dijiste en una carta:

Fue entonces cuando se hicieron presentes los amigos que no era consciente que tenía; y en tal cantidad y con tanta generosidad que, a la vez que el descubrimiento me emocionaba y abrumaba, me dio ánimos y me devolvía la vida.

¡Pero éramos nosotros, tus amigos, quienes al verte luchar con tanta fuerza contra la enfermedad y, más tarde, al ver tu dignidad en aceptar la muerte, éramos nosotros quienes descubriríamos, emocionados y abrumados, que eras tú, en tu lucha por vivir y en tu aceptación de la muerte, el que nos dabas ánimos y nos devolvías la vida!

Y, así, los amigos nos sumábamos a ese impulso tuyo por vivir, impulso que era también de Cloti, de Pablo, de Guille, de Cloti hija –tu Cloe-, de tu familia, de tantos amigos que tanto te queríamos...

Ahora, cuando contemplamos tus cenizas, aquí, en el cementerio de tu pueblo, se nos hace más evidente lo que nos hemos resistido a admitir: que ya no estás con nosotros. En esta certeza queremos hacer nuestro tu deseo:

*Más tarde os necesitaré para
no morir del todo,*

*para que alcéis los rostros
esperanzados, al cielo,
levantéis la mirada,
¡y sostengáis mi vuelo!*

Ahora, en este momento de dolor y de esperanza, sentimos lo que canta la canción que Cloti eligió para tu despedida, “La vall del riu vermell” (“El valle del río rojo”)

*Echaremos de menos tu sonrisa.
Dicen que nos dejas, que te vas lejos de aquí.
Pero el recuerdo del valle donde viviste
no lo borrará el polvo del camino.*

Sentimos que tu recuerdo, Eugenio, nos devuelve ahora la vida, pues, como continúa la canción,

Tu frente lleva la luz del alba.

¡La luz del alba! ¡Cómo no evocar ese poema que tanto te gustaba, escrito por Machado al saber de la muerte de su querido maestro y amigo Don Francisco Giner de los Ríos!

*Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba.*

Nos atrevemos a poner en tus labios las palabras que Machado ponía en los de su amigo:

*Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más. Sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue.*

. . .

Adiós, querido Eugenio,
ahora que la postrera sombra ha cerrado tus ojos
y se abren a otra luz más pura,

ahora que tu cuerpo son cenizas,
"polvo seré, mas polvo enamorado".

Adiós, querido Eugenio,
hombre bueno, bueno entre los buenos,
adiós, hermano de la luz del alba.